

PERSPECTIVAS AMBIENTALES Y ALTERNATIVAS DEL DESARROLLO



La actitud del Tercer Mundo ante sus recursos naturales desemboca en las transnacionales, en la deuda externa, la frustración y en la explotación cada vez más agresiva e irracional de la naturaleza. Los recursos del planeta no son suficientes para la vida opulenta de 5.000.000.000 de terrícolas. Es urgente cambiar de modelos de "desarrollo".



La perspectiva ambiental empieza a ocupar la conciencia política. Cada día es más evidente que los niveles de entropía introducidos por la actividad humana son, en ocasiones, irreversibles. No es posible volver a tejer la trama de la vida que duró tres mil millones de años en organizarse. Las especies desaparecidas por culpa de la actividad humana nunca retornarán al escenario geográfico. El equilibrio entre oxígeno y bióxido de carbono, organizado durante millones de años para permitir la existencia de las especies superiores, no podrá recuperarse fácilmente y menos aún la maravillosa diversidad genética amenazada por el desarrollo del monocultivo y por la destrucción de los ecosistemas boscosos. El planeta es un barco averiado.

El hombre, sin embargo, tardó demasiado en darse cuenta del problema. La preocupación ambiental surge ya a finales del siglo pasado, pero sólo empieza a dominar la conciencia pública desde mediados del presente siglo. La crisis de la civilización había sido ya planteada en muchas formas por filósofos, científicos o literatos. Marx profundizaba en la alienación del hombre, Nietzsche anunciaba la desintegración de los valores morales. Kirkegaard, Kafka o Sartre señalaban los límites de la soledad. Freud escribía uno de sus últimos libros sobre el "malestar de la cultura".

La perspectiva ambiental tiene sin embargo otros orígenes, aunque recoge muchas de las inquietudes anteriores. Surge con los movimientos conservacionistas del siglo pasado y se fortalece en medio del triunfo eufórico del desarrollo capitalista y socialista de la posguerra, antes incluso de que se iniciase la persistente crisis actual. De 1950 a 1973 se cuadruplicó la producción industrial de los países ricos de occidente. El desarrollo parecía no te-

ner más límites que la resistencia de los países del tercer mundo, que suministraban gran parte de las materias primas. Pero dicha resistencia era fácilmente manejable con medidas políticas o, en último término, militares. Lo que no había previsto el desarrollo era que la oferta de los sistemas naturales también tenía sus límites. Cuando el precio de las materias primas, especialmente del petróleo, empezó a crecer, gracias a la unidad, así sea momentánea, del tercer mundo, la crisis ambiental ya había estallado.

La perspectiva biológica

La primera advertencia provino de los biólogos. El libro de Rachel Carson *La primavera silenciosa*, aparecido en 1962, dió el grito de alarma. Carson se propuso demostrar, con el fruto de su paciente investigación, las graves consecuencias de los pesticidas sobre el equilibrio de las especies animales. El libro logró su propósito: crear un ambiente de discusión y a veces de agria polémica sobre la intervención tecnológica del hombre sobre los ecosistemas. Desde entonces, innumerables escritos han abordado el problema desde este punto de vista.

La perspectiva ecológica de la problemática ambiental no hubiese sido posible sin la sistematización científica de la biología durante los dos últimos siglos. La teoría evolucionista llevaba necesariamente a la comprensión estructural del proceso de la vida y ya Darwin acuñaba el concepto de "trama de la vida" que ha pasado al diccionario ambientalista. A finales del siglo pasado Mobius definía el concepto de biocenosis y Haeckel acuñaba el término de ecología. Hubo que esperar hasta 1935 para que el botánico inglés Tansley formulara el concepto de "ecosistema", para abarcar las relaciones entre los seres

vivos y entre estos y su medio físico, dentro de un espacio geoclimático determinado.

Esta comprensión holística e integral de la realidad viva daba pie para comprender mejor las consecuencias de la actividad humana sobre los sistemas naturales. El surgimiento de la conciencia ambiental le debe mucho a la consolidación de la ecología como ciencia, pero no se identifica con ella. El análisis de la crisis provenía también de otros campos del saber.

La perspectiva económica

La segunda vertiente de la perspectiva ambiental proviene de los economistas, reforzados en ocasiones por filósofos, sociólogos o politólogos. Esta vertiente se ha venido preocupando de la relación entre desarrollo y recursos. Una inquietud similar había asaltado a los economistas clásicos. Malthus planteaba con crudeza el desequilibrio entre crecimiento poblacional y recursos alimentarios. La ley de rendimientos decrecientes, planteada por Ricardo, señala, en último término, los límites impuestos al desarrollo por la oferta natural. Marx, por su parte, rechaza la teoría de los límites físicos al crecimiento poblacional planteada por Malthus y se adhiere al optimismo tecnológico de Mill, aunque con la confesada esperanza de implantar un nuevo régimen social en el que desaparezca el antagonismo entre población y recursos.

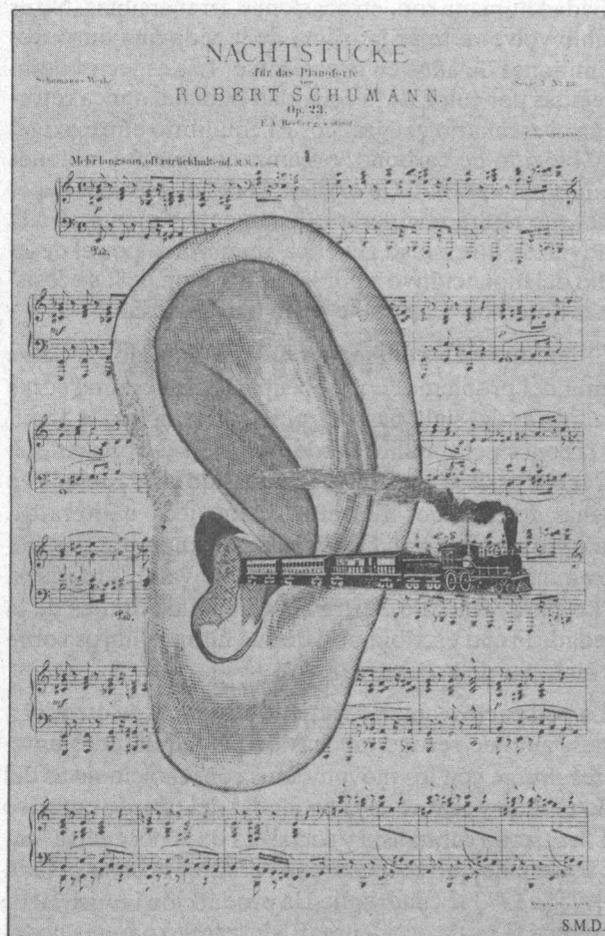
El optimismo de la corriente marginalista y de los neoclásicos, orientados por Marshall, se estrella contra la hecatombe de la primera guerra mundial y de la crisis de los años treinta. El pesimismo sobre las perspectivas del desarrollo reaparece en el período de entreguerra con Alvin Hansen que prevee como una posibilidad cercana el fin del desarrollo. Superada la crisis gracias a las políticas heterodoxas aconsejadas por Keynes, se reinstala el optimismo abanderado por Clark o Rostow, quienes sueñan con palacios flotantes en alta mar, que se abastecen de los recursos ilimitados del planeta. Kahn y Wiener proyectan desde el instituto Hudson el crecimiento esponencial de la humanidad, sin calcular otros límites que no fuese una eventual guerra atómica.

El optimismo al interior del sistema capitalista central se ve de nuevo amenazado, esta vez por los países periféricos, que empiezan a darse cuenta del inmenso poder que les da el control de las fuentes energéticas y de las materias primas. Había que contar, por tanto, no sólo con un sistema cerrado de recursos finitos, sino también con un sistema dividido, en el que el desarrollo de los países centrales suponía la explotación de los periféricos. El problema era también político. Por ese entonces, Heilbroner reeditaba las tesis de Boulding, planteando que ya se habían superado los límites del crecimiento poblacional, de acumulación de desechos y de contaminación ambiental.

Este ambiente de incertidumbre y de crisis se concreta en las investigaciones que el Instituto Tecnológico de Massachussets (M.I.T.) realiza para el Club de Roma. Basados en los modelos de previsibilidad que Forrester había diseñado desde la teoría general de sistemas, los investigadores concluyeron en una visión nada optimista sobre las posibilidades del desarrollo a largo plazo.

Esta posición abiertamente pesimista sobre las posibilidades ambientales del desarrollo, fue compartida por un amplio círculo que se extendió al Sierra Club de San Francisco, al Council of Population and Environment de Chicago, al grupo del Ecologist, que en 1972 lanzaba su "Manifiesto para la Supervivencia". El biólogo Ehrlich lanzaba en 1968 su libro sobre la "bomba poblacional", Conmonner debatía tesis similares desde la antropología, y Dubos desde la agronomía.

Frente a la corriente pesimista, el optimismo tecnológico salió de nuevo por sus fueros, encabezado esta vez por los profesores del Instituto Sussex. Según ellos, el informe del Club de Roma desestimaba el poder de la tecnología y ese tipo de críticas ambientales al desarrollo manifestaban solamente el resentimiento de las clases altas y medias por la masificación de la producción. Por



su parte, el pontífice de la economía, Samuelson, argüía que la escasez de las materias primas podía ser regulada por el mercado, aunque reconocía los límites externos del sistema económico.

La perspectiva política

Otras muchas perspectivas se asomaban al estudio de la problemática ambiental. Los arquitectos y urbanistas empezaban a preocuparse por el crecimiento caótico de las ciudades. Los psicólogos y sociólogos intentaban desarrollar criterios para definir la calidad de la vida humana y el grado de su deterioro. Los médicos se preocupaban por las consecuencias de la contaminación sobre la salud. La crisis ambiental no podía ser analizada, por tanto, solamente desde la perspectiva biológica. La manera como se organizaba el proceso de producción venía planteando, aunque de manera periférica, los límites ambientales del desarrollo. Pero la articulación del desarrollo era un problema eminentemente político. Detener el desarrollo o disminuir su ritmo podía ser aconsejado por los economistas o los sociólogos, pero podía ser ejecutado sólo por los políticos. La problemática ambiental entraba, por tanto, en el terreno de las decisiones políticas.

La Conferencia Internacional sobre el Medio Humano, reunida en Estocolmo en 1972, se congregaba bajo los auspicios del pesimismo ambiental, difundido durante los años anteriores. Cuando los países del tercer mundo llegaron a Estocolmo se encontraron con la sorpresa de que se había decretado el fin del desarrollo. No era fácil aceptarlo, sobre todo cuando el supuesto agotamiento de los recursos y los problemas de la contaminación habían beneficiado solamente a los países ricos. De hecho la posición asumida por los países del tercer mundo fue marcadamente reacia o al menos cautelosa, para aceptar esta nueva visión de la crisis, que ahora se llamaba problemática ambiental. Ellos venían impulsando el desarrollo impuesto desde afuera y ahora se les planteaba desde afuera la exigencia de detener la marcha. La perspectiva ambiental parecía más bien el resultado de un relamido esteticismo cultural de pueblos gastados y no coincidía con la dinámica del desarrollo que los países pobres buscaban.

Por estas razones, los países del tercer mundo acudieron a una falacia que ha hecho camino y que sólo se empieza a revisar recientemente. Se planteó que el origen fundamental de los problemas ambientales del tercer mundo era la pobreza y que sólo el desarrollo podría traer consigo la solución. Era una falacia a medias, parcialmente desmentida por las consecuencias ambientales de una atolondrada carrera desarrollista. Falacia o no, el tercer mundo tomaba cada vez más conciencia de su unidad e iniciaba un enfrentamiento con los países industrializados en la búsqueda del anhelado desarrollo.

Los delegados tercermundistas de Estocolmo no pretendían sin embargo romper la unidad del desarrollo unidimensional impuesto por los países industrializados. Deseaban solamente entrar en el convite, con una proporción más equitativa. Los argumentos alegados por el primer informe del Club de Roma, que insistía en que la brecha del desarrollo tendía a ampliarse y que los recursos finitos no permitían que todos los pueblos alcanzasen el grado de desarrollo de los países ricos, se consideraba como un sofismo de distracción. La segunda argucia de Estocolmo consistía precisamente en considerar a todos los pueblos del mundo como pasajeros solidarios de una sola tierra. La imagen de una sola tierra hizo olvidar que se trataba de una tierra dividida. El hecho de que todos fuésemos pasajeros de la nave tierra hacía olvidar que en la nave había capitanes y furgoneros. Quedaba por fuera de las discusiones de Estocolmo el saqueo de los recursos del tercer mundo como causa real del subdesarrollo y de los problemas ambientales de los países pobres.

Por un nuevo orden económico

Dos años después de Estocolmo, los países del tercer mundo estaban dispuestos a implantar un nuevo orden económico internacional (NOEI), propugnado en 1974 en el seno de Naciones Unidas. Era el primer esfuerzo posterior a Estocolmo que pretendía balancear el desarrollo, favoreciendo con algunas medidas eficaces el crecimiento económico de los países pobres. El diagnóstico del desarrollo que sirvió de base para las declaraciones del NOEI, no podía ser más decepcionante para los países pobres. La producción y el comercio de la mayoría de los productos básicos, como el trigo, el caucho, el arroz, el petróleo, etc., se encontraban en manos de las transnacionales en proporciones que variaban entre el 70 y el 90 por ciento del comercio mundial y el porcentaje que dejaban en los países productores pobres oscilaba solamente entre el 15 por ciento de las ganancias totales. La búsqueda de un nuevo orden económico internacional parecía posible después de que los países tercermundistas consolidados en la OPEP habían iniciado un año antes la guerra del petróleo.

Quince años después de las alegres y esperanzadoras declaraciones del NOEI, sólo queda un reguero de desilusión y de amargura. De hecho no han logrado construirse estructuras internacionales para corregir las férreas leyes del mercado internacional. Ninguna agencia internacional tiene jurisdicción directa sobre las transnacionales y los países industrializados consideran las declaraciones del NOEI como demandas unilaterales de los países pobres, sin efecto en el derecho internacional. El derecho de cada país para explotar los recursos propios, consagrado en el artículo segundo de la Carta de Deberes y Derechos Económicos de los Estados, no

pasa de ser una benigna ilusión, ya que de hecho estos recursos están siendo controlados cada vez en mayor medida por las transnacionales.

Las frustraciones del desarrollo

Las esperanzas acariciadas durante la última década para integrar un orden económico internacional más justo, han desembocado en las inmensas frustraciones de la deuda externa que ha paralizado o hecho retroceder las economías de los países pobres. El pago de la deuda externa exige, como lo reconoce el informe de la Comisión Brundtland sobre Medio Ambiente y Desarrollo, una explotación cada vez más irracional de los recursos naturales del tercer mundo. En esta forma se ha venido desvaneciendo la "ilusión de Estocolmo". El supuesto desarrollo no sólo no ha sido viable, sino que ha acumulado los problemas ambientales del tercer mundo.

Ante todo el hambre. La orientación del desarrollo impuesta a los países pobres ha traído consigo la acumulación proteínica en los países industrializados a cambio del hambre en los países pobres. La revolución verde, pensada en términos del incremento de las exportaciones, no ha sido el método más adecuado, para satisfacer las necesidades biológicas de la población. Las grandes extensiones de monocultivo han acumulado no sólo el hambre sino los problemas ambientales del campo. El uso indiscriminado de pesticidas, el envenenamiento de las aguas, la desecación de las ciénagas y, como resultado final, la erosión, ese inmenso flagelo que puede estrangular la civilización.

El inmenso desarrollo tecnológico de la agricultura moderna ha incrementado, sin embargo, la producción mundial a niveles nunca alcanzados antes. En ningún otro momento de la historia se había producido tanto alimento no sólo en términos absolutos, lo que sería fácilmente explicable, sino en relación con la población mundial. El problema del hambre no se debe a insuficiencia en la producción, sino a la orientación de la estructura agraria. En 1975, según cálculos de la Fao, se produjeron aproximadamente 500 kilogramos de granos per cápita a nivel mundial. Sin embargo, en el mismo año el Banco Mundial calculaba en cerca de 500 millones el número de desnutridos en el tercer mundo, cifra que se duplicará en el año 2.000. La estructura agraria no está orientada a nivel mundial para satisfacer las necesidades biológicas de la población, sino para lograr excedentes proteínicos cada vez mayores en el mundo desarrollado. Más del treinta por ciento de la producción de granos se destina a la alimentación animal. Mientras tanto, los países pobres siguen destinando sus tierras para productos de exportación, que satisfagan las exigencias crecientes de dieta proteínica en los países ricos y dejen un excedente para construir las torres de cristal en el centro de las grandes ciudades.

La larga historia de la dependencia no ha iluminado suficientemente a los políticos del tercer mundo. El desarrollo no se ha logrado de espaldas al tercer mundo sino a expensas de él. El salitre peruano o chileno explotado por los ingleses fertilizó los campos de Europa. En América Latina dejó sólo la desolación de la guerra del Pacífico y unas cuantas mansiones señoriales en Santiago o Lima. La producción de azúcar satisface el refinado gusto de los países ricos, mientras erosiona los suelos del nordeste brasileño o de las islas del Caribe. El cacao sirve para fomentar las fiestas eróticas de la Europa victoriana, mientras la carne o el trigo argentinos, controlados desde las islas Malvinas, van a satisfacer la gula proteínica del imperio.

La segunda ilusión del desarrollo de los países pobres es el crecimiento urbano. El desarrollo tampoco ha traído la solución de los problemas ambientales de las ciudades, tal como lo soñó Estocolmo. Las ciudades crecen sin control absorbiendo los recursos naturales y sirviendo de inmensas máquinas de entropía que se desbordan a través de los cauces de aguas infectadas o se difuminan en una atmósfera contaminada. El tercer mundo y especialmente América Latina está sufriendo un crecimiento urbano que no tiene nada que ver con el desarrollo de las ciudades en los países industrializados durante el surgimiento del capitalismo. Los escasos excedentes de la producción agraria se han dedicado a asfaltar el suelo urbano. El fruto de la explotación del caucho no se revirtió en un manejo adecuado de la amazonia, sino en los extravagantes palacetes de Manaos. El petróleo venezolano o mexicano se sembró en ciudades invivibles como México o Caracas. En 1975 los países del tercer mundo tuvieron el dudoso privilegio de alcanzar a los países industrializados en población urbana y en el año 2.000 tendrán la osadía de duplicarlos. Pero las ciudades de los países pobres crecen no sólo construyendo edificios en los centros urbanos sino tugurios en la periferia, mientras se endeudan para intentar cubrir una mínima parte de las necesidades básicas de energía o transporte.

Las perspectivas del ambientalismo político

Cualquiera que sea la salida que se le encuentre al grave problema de la deuda externa, la viabilidad de los países del tercer mundo sólo es posible dentro de modelos alternativos de desarrollo. Contrariamente a lo que pensaban los delegados tercermundistas a la Conferencia de Estocolmo, hay cada vez menores posibilidades de copiar los modelos de desarrollo impuestos por los países centrales, corrigiendo sus distorsiones ambientales. Durante estas dos décadas han seguido creciendo las ciudades como inmensos pulpos en los que se concentran los desajustes de la estructura agraria, las repercusiones de la violencia política, la inseguridad callejera, la incomunicación y el hambre. Se sigue agravando igualmente la

destrucción de los bosques, la contaminación de las aguas y la erosión de los suelos agrícolas.

Ante esta situación, ¿cuáles son las vías para un desarrollo ambiental alternativo? Las propuestas que se han presentado en las últimas décadas no pasan de ser criterios generales para orientar el desarrollo y no modelos para construirlo. Esos principios reflejan por fuerza los presupuestos ideológicos por los que transitan los movimientos ambientales. Para unos se hace indispensable una mayor centralización de las decisiones que planifique a nivel mundial la utilización de los recursos. La idea implícita de su pensamiento es que el estado nacional de fronteras fijas es un peligroso anacronismo. Para otros, en cambio, la problemática ambiental exige la descentralización del poder y el control de la producción y de los recursos por parte de las comunidades.

La propuesta centralista había sido avanzada por algunos autores preocupados por los desequilibrios del desarrollo. Ward y Dubos formulaban desde 1972 la exigencia de reforzar el poder de las Naciones Unidas, para el control de algunas materias básicas, mientras Falk proponía la creación de un poder mundial sobre nuevas bases. Para algunos esta nueva forma de utopía no sería

posible sin un gobierno central coercitivo, propuesto por Toffler, Opheelus y otros.

En contraste con la autoritaria solución del centralismo mundial, otros autores están convencidos de que la única alternativa posible a la crisis ambiental es la total descentralización de las decisiones. La sociedad postindustrial debe basarse, según Taylor, en la producción autónoma de las comunas o, según Bookhin o Rossack, en diferentes formas cooperativas. Todos ellos tienen en común el apego a la comuna descentralizada, herencia de la ideología liberal.

Una tercera tendencia se inclina por el socialismo centralizado o descentralizado. El socialismo centralizado, sin embargo, no tiene muy buena acogida dentro del pensamiento ambiental. El centralismo staliniano optó por el Marx desarrollista contra el Marx humanista, cuyo objetivo era la desalienación y no el incremento de las fuerzas productivas. Esa tendencia del centralismo autoritario llevó a sacrificar la producción agraria en aras de la camarilla del acero y trajo consigo el desperdicio de los recursos y la acumulación de la entropía.

En cambio la comuna descentralizada china, con la articulación de la producción agrícola e industrial, su uso intensivo de tecnologías alternativas y una mayor preocupación por la conservación de los recursos, ha llamado la atención de muchos ambientalistas. A otros más bien les seduce la concepción neohelénica de pequeñas o medianas comunidades federadas alrededor de ecosistemas similares.

Las Naciones Unidas, en cambio, desde la constitución del Programa del Medio Ambiente, impulsaron el modelo del ecodesarrollo que se basa en tecnologías apropiadas, basadas en el ciclo natural de renovación de los recursos y con efectos no contaminantes sobre el medio, amplia participación de la comunidad y descentralización del desarrollo. Este modelo acariciado por tantos años y a cuya aplicación se programaron algunos proyectos específicos, como el de la Sierra Nevada de Santa Marta, parece que va siendo substituido por el concepto más neutro y ascético de "desarrollo sostenido", impulsado por el Informe de la Comisión Brundtland. El concepto de desarrollo sostenido no hace alusión a alternativas políticas o sociales. Parece conformarse con modificar accidentalmente el estilo de desarrollo vigente, para que no sea tan perjudicial al medio natural.

Las perspectivas del tercer mundo

La mayor parte de estas iniciativas o modelos han sido planteadas desde la perspectiva de los países desarrollados. El ambientalismo significa sin duda uno de los momentos de crisis más significativos desde la aparición del capitalismo, porque plantea los límites al desarrollo indefinido que había sido uno de los soportes ideológicos de la cultura occidental. Replantea igualmente las posi-



ciones del hombre prometico, dominador de la naturaleza, con todas las connotaciones subrepticias de tipo religioso, filosófico o político.

Sin embargo, la crisis ambiental ha involucrado también, en ocasiones contra su voluntad, a los países del tercer mundo. En realidad, difícilmente puede hablarse hoy de cultura occidental. La expansión colonizadora del capitalismo se encargó de homogeneizar los patrones ideológicos de la cultura. Los países colonizados adoptaron las instituciones políticas, las formas culturales, los presupuestos filosóficos y en ocasiones las ideologías religiosas de occidente. Hoy sólo quedan rezagos de las diferencias culturales, convertidas en museos para el estudio de los antropólogos. Las diferentes regiones del tercer mundo han vivido esta experiencia de adaptación y transculturación en diferentes momentos y a ritmos diversos. En el caso de Latinoamérica, su conquista temprana permitió una rápida penetración de la cultura europea, con subsistencias esporádicas y de intensidad muy matizada de las culturas indígenas. La europeización del mundo significa el triunfo del neolítico euroasiático.

Los ideales explícitos o implícitos del desarrollo en el tercer mundo son los mismos que predominaron en los países industrializados desde el nacimiento del capitalismo. Se basan en el utilitarismo tecnológico y los bienes tangibles o imaginarios de la sociedad de consumo. Difícilmente puede hablarse de un tercer mundo ideológicamente diferente, al menos en los niveles políticos de decisión y de formulación científica. Las objeciones a la temática ambiental provenientes del tercer mundo no surgían, por tanto, de una posición cultural diferente, sino del sentimiento de rezago frente a los países industrializados.

Es difícil hacer entender que los recursos del planeta no son suficientes, dentro del actual desarrollo tecnológico, para llevar a la opulencia de que gozan los países industrializados a 5.000 millones de terrícolas. Es difícil comprender igualmente que el desarrollo tecnológico, dirigido por los países industrializados, no está orientado a satisfacer las necesidades básicas de la población mundial ni a acortar las distancias entre países pobres y ricos, sino a incrementar la tasa de ganancia y ello sólo se logra a expensas de los recursos naturales y humanos del tercer mundo. Es fácil imaginarse, que no existe, entonces, un cuarto mundo, de cuyo saqueo pueda alimentarse el desarrollo de los países pobres.

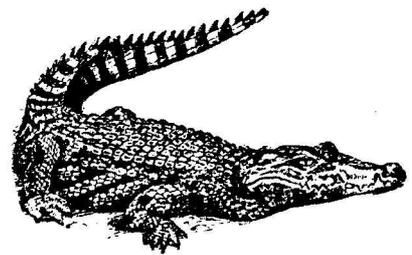
El optimismo acerca de los recursos de la tierra para abastecer el desarrollo de todo el planeta se encuentra prácticamente en todos los teóricos tercermundistas de los años sesenta y setenta. En los dependentistas, cualquiera que sea su tendencia, no se asoma nunca la sospecha de que el desarrollo pueda tener condiciones limitantes de entorno. Su crítica a la teoría dualista de la modernidad, no busca un nuevo desarrollo, acorde con el

medio, sino acoplarse al modelo de industrialización enmarcado en el paradigma productivista.

Sin embargo, durante los últimos años se ha gestado un pensamiento latinoamericano y tercermundista más coherente y decidido con base en las reflexiones sobre la crisis ambiental. El antecedente de estos planteamientos puede encontrarse en las conclusiones del Seminario Internacional sobre Desarrollo y Medio Ambiente, reunido en Cocoyoc en 1974. Por primera vez se plantean con claridad las consecuencias ambientales de una tierra dividida. El seminario responsabiliza a la herencia colonialista de los problemas ambientales tanto de los países desarrollados como de los países pobres. Niega en forma enfática los mitos largamente acariciados del desarrollo y plantea como solución la necesidad de buscar múltiples desarrollos alternativos, acordes con los ecosistemas y con las características culturales de los pueblos.

Planteamientos similares se expresaron en el Primer Seminario sobre Universidad y Medio Ambiente para América Latina y el Caribe, reunido en Bogotá en 1985. La carta de Bogotá y las Diez Tesis para América Latina subrayan la necesidad de plantearse el Medio Ambiente no como un límite al desarrollo, sino como un potencial diferenciado para múltiples desarrollos. Por último, en la IV Bienal Destino y Esperanza de la Tierra, reunida en Managua durante la segunda semana de Junio del presente año, se reafirman los ideales de un desarrollo alternativo para los países pobres.

Como lo afirmó el Seminario de Bogotá arriba citado, la Universidad tiene un papel fundamental en la búsqueda de un nuevo desarrollo. Lo menos que puede decirse es que con los instrumentos simbólicos heredados de la racionalidad prometica, difícilmente puede entenderse y menos solucionarse la crisis ambiental del desarrollo. La Universidad, entendida como cantera del pensamiento, está llamada a replantear los modelos interpretativos en la búsqueda de un nuevo desarrollo.



*Profesor de la Universidad Nacional
Asesor de la Red de Formación Ambiental
de Pnuma - Icfes.
Presidente de la Fundación
Medio Ambiente y Desarrollo Alternativo.*